

Estación nocturna

Eileen Wilks



Traducción de Ainara Echaniz Olaizola



PANDORA

Libros publicados de Eileen Wilks

EL MUNDO DE LOS LUPI

1. Peligro tentador
2. Peligro mortal
3. Líneas de sangre
4. Estación nocturna

Próximamente:

5. *Mortal Sins*

Título original: *Night Season*

Primera edición

© Eileen Wilks, 2008

Ilustración de portada: © Calderón Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2012, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-689-6 Depósito Legal: B-xxxxxxx

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 1

Prólogo



Por el este, el amanecer apareció como una promesa en el oscuro cielo, pero la tierra y el aire todavía seguían en penumbra. En una casa abandonada justo a las afueras de Midland, Texas, los faros de un coche se apagaron. Un hombre y una mujer salieron de un Toyota Corolla de 2005.

—Sigo pensando que nos hemos olvidado algo —dijo la mujer mientras abría el maletero. Era alta y angulosa, tenía la constitución de una atleta y los hombros fuertes. No era guapa, pero desde luego tampoco pasaba desapercibida. Vestía tejanos, botas de montaña y un jersey oscuro. Nada de maquillaje. El pelo, de color castaño, lo llevaba largo y liso. La piel tenía un tono moreno intermedio, pero era más el color de una mujer blanca que de alguien que perteneciera a otra raza. Sin embargo, tenía las anchas mejillas y la fuerte nariz del pueblo de su madre: los diné; navajos, como los llamaban los extraños—. Siempre me olvido algo.

El hombre le dedicó una sonrisa especialmente dulce. Él también era alto, anguloso y atlético; su única característica facial digna de mención eran sus ojos: del color gris del cielo invernal, con unas pestañas largas y enmarcados por unas hermosas cejas oscuras. Al observar su piel color cobre y su cabello negro, algunos podrían llegar a suponer que también tenía sangre de nativo americano. Pero se equivocarían.

—Tenemos todo lo que figura en nuestra lista —respondió él mientras sacaban material de acampada del maletero—. Si se nos ha pasado coger algo básico, nos las arreglaremos. —Hizo una pausa—. Estás asustada.

Ella asintió, aunque tenía aspecto plácido y no sonaba nerviosa en absoluto.

—Todavía no he llegado al pánico. Digamos que es un seis en la escala de «ohdiosmío».

—Bien, entonces. —Dejó en el suelo una bolsa de lona que sostenía con una mano y rodeó a la mujer con los brazos—. Veamos si, por lo menos, podemos hacer que baje a cuatro.

—Mmm —murmuró ella tras un instante, el sonido amortiguado por el cuello de él—. Sí, pero si nos quedamos así no vamos a hacer nada. Mi ansiedad dice que estaría bien si no hiciéramos nada, que podríamos hacernos las ratas

muertas. Que podríamos quedarnos así, abrazados. Pero creo que tu reina espera cierta acción inmediata.

—Entre otras cosas. La verdad es que es única para crearse todo tipo de expectativas. —Puso unos centímetros de distancia entre ellos, pero siguió sin soltarla—. ¿De verdad que estás bien, Kai?

—Supongo que puedo estar asustada y bien a la vez. Animada, también. Después de todo, estamos hablando de un mundo nuevo. Estoy alucinada. —Kai inspiró por la nariz y dejó salir el aire en forma de suspiro. Después asintió—. Pongámonos en marcha.

A continuación rebuscó en su mochila, extrajo los sacos de dormir y se los encajó bajo el brazo. No iban a caminar mucho, así que el peso no sería un problema. Sin embargo, él era el que cargaba con más equipo, que además, era delicado. Nathan era, probablemente, cinco veces más fuerte que ella, cuando ella estaba en su estado normal. Y ahora mismo no era el caso. El hambre la tenía agarrotada, y era un hambre que la comida no podía satisfacer porque no era suya. Se cansó enseguida.

Pensó que el sentimiento no duraría mucho.

La mochila de Kai contenía una muda de ropa, prendas térmicas, un montón de calcetines y ropa interior limpia, el botiquín de primeros auxilios y algunas cosas extrañas y peculiares. Nathan cargaba con los objetos pesados: la tienda ingeniosamente plegada, los utensilios de acampada y algunas cosas para utilizar como trueque tales como paquetes de canela, un rollo de bolsitas de plástico con autocierre, un par de pequeñas y afiladas hachas, cuatro cuchillos buenos, dos cajas de clavos, un martillo y una pica pequeña, y una libra de oro y otra de plata en forma de cadenas.

Nathan levantó su enorme bolsa de lona y caminaron lentamente alejándose del coche. La amiga de Kai, Ginger, vendría a recogerlos más tarde. Esta sabía que Kai iba a marcharse con Nathan, pero no tenía ni idea de lo lejos que pretendían viajar. Lo que Kai le había contado para justificar que abandonar el vehículo en medio de la nada era bastante estúpido, y Ginger lo había señalado varias veces. Pero Kai estaba acostumbrada a la curiosidad de Ginger. Y Ginger estaba acostumbrada a que sus preguntas quedaran sin respuesta.

Kai tenía la fuerte esperanza de poder ver a su amiga de nuevo.

—Estás ansioso por esto.

—En parte sí. Tu hogar es encantador, pero llevo aquí mucho tiempo. E incluso con la reciente afluencia de magia, este lugar sigue siendo un poco pobre para mí. —Sin cambiar de tono y modificar su paso, añadió—: Lo harás bien, Kai. Sé que tienes dudas, y es normal, porque esta misión es como una prueba. Pero lo harás bien.

Y eso, por supuesto, era el origen de la escala de «ohdiosmío». No era miedo a quedarse sin tampones. Aunque en lo más profundo de su ser

deseaba haber cogido suficientes; si no lo había hecho, se las apañaría. Era miedo a que no pudiera aprender lo suficiente, entender lo suficiente, a hacer lo que se suponía que tenía que hacer... Oh, sí, eso era muy acongojante.

Paso a paso, se recordó, y siguió a Nathan por la penumbra para rodear la vieja casa. Él podía ver en aquella oscuridad, pensó. Ella no podía, aún no; y menos a la sombra de aquel edificio desastrado. Tampoco podía oír los pasos de Nathan. Solo los suyos propios.

Llegaron a lo que ella habría llamado el patio trasero, si es que allí hubiera habido algo más que no fuera tierra, basura y hierbas muertas. Ahora Kai podía ver esas hierbas, sus esqueletos secos y crujientes, enhiestos en la noche que poco a poco cambiaba el negro por el gris. El cielo se había aclarado ligeramente y ya no era como carbón sobre sus cabezas. Una cinta de acero cruzaba el horizonte. Se acercó al costado de Nathan.

Como decía el abuelo, tragarte los problemas de mañana te dará energías hoy. Sin embargo...

—No entiendo por qué lo estás haciendo así. Tú podrías encontrarlo. Es lo que sueles hacer.

—Podría, sí, una vez captara el olor. Pero no es eso lo que desea mi reina. Y —dijo con una sonrisa ladeada dedicada a ella—, aunque sus deseos son suficientes para mí, no espero que tú también los aceptes sin hacer una o dos preguntas. Supongo que vio algo que la impulsó a enviarnos aquí a hacer esto, en vez de cualquier otra cosa.

—¿Por «vio» te refieres a que lo previó? ¿O a clarividencia?

—Las dos cosas probablemente. Todo apunta a que está desarrollando una trama en todo esto, y al parecer esta es la mejor manera de proceder.

—O quizá solo quiera ponérmelo lo más difícil posible.

—También puede ser eso. Eh... —Se frotó la nariz con la mano que tenía libre—. Estás agarrotada por la preocupación y también un poco enfadada. Pero yo sigo aturdido por el alivio, lo que hace que nuestros respectivos ánimos no encajen muy bien ahora mismo. Pero saldrá bien, Kai. Ya lo verás.

Nathan estaba aliviado porque su reina no había matado a Kai hacía seis días. En aquel momento, Kai también se había sentido muy aliviada. La reina y su hermano habían creído que ella era una vinculadora, un tipo de telépata poco frecuente y muy peligroso que podía vincular a otros a su voluntad. Nathan había dado la cara por ella, se había interpuesto entre Kai y ellos, aunque le habría resultado imposible detenerlos. Eso era algo que sabían todos.

Pero había conseguido ganar un poco de tiempo, una pausa durante la cual la reina había escuchado, porque amaba a Nathan lo suficiente como para concederle eso al menos. Al final, habían permitido vivir a Kai, por el

momento. Pero en la Tierra no. Allí no, porque la gente no podía protegerse de ella.

Kai sintió que la amargura envolvía aquel pensamiento. También la vio, como tiras de un gris grasiento que envolvían el pensamiento como si tuvieran intención de momificarlo. Oh, ella había visto lo que sucedía si te aferrabas a pensamientos como aquel, había visto a gente atrapada por pensamientos amargos que habían albergado durante demasiado tiempo: cómo el gris había extraído todo color de sus vidas. Inspiró profundamente y soltó el pensamiento y su amargura; y se sintió reconfortada cuando ambos desaparecieron.

Kai no era exactamente una telépata. Tampoco podía decir que no lo fuera; al igual que no era una vinculadora, aunque pudiera hacer algunas cosas que entraban en el campo de los vinculadores. Su don dejaba perplejo a todo el mundo, incluida a ella misma. Quizá a ella misma más que a nadie. No leía las mentes, pero veía los pensamientos y las emociones que estaban conectadas a esos pensamientos. Y, a veces, cuando se daban las condiciones adecuadas, o las peores, podía cambiar mentes. Literalmente.

Tras toda una vida reprimiendo ese talento en particular, ahora tenía que aprender a dominarlo. Rápidamente. Antes de que el poder la dominara a ella.

Sintió el ronroneo antes de que pudiera oírlo, un tronar grave en el interior de su mente. Un instante después, un bulto en el suelo a unos tres metros de ellos cambió y creció hasta convertirse en un gato vetado gris de casi dos metros y medio. Kai sonrió.

—De todas maneras, Dell está encantada por todo esto.

—¿Entiende que nos vamos?

—Oh, sí. —El vínculo que habían formado era muy reciente. La intimidad en ciertas cosas seguía siendo un poco desconcertante y algunos conceptos no viajaban muy bien entre mentes tan diferentes. Pero Kai sabía que Dell entendía que su hambre estaba a punto de llegar a su fin.

Cuando el hambre de Dell terminara, también lo haría la de Kai.

Llegaron al punto de encuentro. Kai dejó caer uno de los sacos de dormir y así consiguió tener una mano libre para rascar a Dell detrás de la oreja alta y copetuda, mientras la gata se metía entre sus piernas. Dell había aprendido que su humana perdía el equilibrio con facilidad, de forma que demostraba su afecto con cierto cuidado.

—Está ansiosa.

Dell estaría mucho mejor donde se dirigían ahora, y eso dio a Kai cierta felicidad a la que agarrarse. Si la magia allí resultaba escasa para Nathan, lo era aún más para el gato-camaleón, que era la razón por la que Kai había empezado a cansarse. El vínculo familiar funcionaba en ambos sentidos, y el poder que la reina le había ofrecido generosamente a Dell para

mantenerla mientras Kai y Nathan se preparaban para el viaje había desaparecido.

—Será mejor que recojas el saco de dormir. Es la hora, Kai.

—¿Qué? —Se detuvo para recogerlo—. No veo... ¿Ella está aquí?

—No hace falta que venga aquí. No es un portal verdadero. Ya te lo he explicado.

Lo había hecho, pero eso no significaba que ella lo hubiera entendido. De alguna forma, la reina de Nathan estaba en contacto con él incluso a pesar de estar en otro mundo, y estaba ampliando la habilidad innata de Nathan para cruzar entre mundos de modo que pudiera llevarse sus cosas con él: la ropa, el equipo y a Kai, que se llevaría a Dell con ella.

—Concéntrate en tu vínculo con Dell. —La voz de Nathan sonó grave. Miraba fijamente hacia delante, a algo que ella no podía ver.

Kai inspiró profundamente e hizo todo lo posible para sumergirse en el trance que había estado evitando toda la vida, esa condición que ella llamaba fuga. Al principio no pudo conseguirlo. Permitió que la frustración la atravesara, se concentró en Dell y en los claros y simples colores de sus pensamientos conocidos.

Poco a poco, su respiración se calmó y su mente se deslizó hacia aquel otro lugar donde los colores y las formas de los pensamientos se mostraban desnudos ante ella y su constante cambio resultaba eternamente fascinante... Un lugar donde podía dejarse perder. Donde se había perdido cuando era una niña. Un lugar donde sus propios pensamientos podían extenderse y tocar los pensamientos de otros, y cambiarlos. Donde el impulso de hacer precisamente eso resultaba, a veces, irresistible.

Pero los pensamientos de la gata eran claros y honestos, y no provocaban ninguna necesidad de intervenir en ellos. Los latidos del corazón de Kai se estabilizaron y encontró el vínculo entre ellas, un tubo suave y pálido teñido de amarillo, y sonrió al sentirlo tan fuerte, tan brillante.

Sintió la mano de Nathan sobre su hombro.

—Ahora —dijo, y su voz era lo único que existía en el mundo además de los colores—, caminaremos hacia delante.

Ella obedeció, confiando en él, sonriendo al percibir la hermosura de sus colores, en lo intrincados que eran y las formas que adoptaban mientras pasaban de un patrón a otro, todos elegantes, atractivos y fascinantes...

Un dolor agudo en la mejilla la hizo jadear y regresar, un poco mareada, al mundo de los sentidos. A un mundo diferente al que había dejado atrás hacía tan solo unos instantes. La nieve se arremolinaba en el aire nocturno y la sentía húmeda y fría sobre su piel. Miró alrededor, pero no vio edificios ni carreteras, solo la infinita y silenciosa blancura de la nieve.

Pero Dell era un punto caliente a su lado, muy animada y apremiante. Nathan estaba de pie delante de ella, con la preocupación reflejada en sus cejas caídas.

—He vuelto —dijo ella—, aunque realmente necesitamos encontrar otra cosa que no sea dolor para llamar mi atención. —El calor que sentía en la mejilla sugería que esta vez Nathan había tenido que darle una bofetada para sacarla de su fuga.

—Necesitamos chaquetas y guantes para ti. —Abrió la cremallera de la bolsa de lona.

Ella se abrazó con fuerza a los sacos de dormir.

—Esperaba encontrar un lugar más poblado.

—Hay una aldea o unas tierras habitadas al este de aquí.

El alivio atravesó a Kai como una ola.

—Entonces sabes dónde estamos.

Él sonrió como para disculparse.

—No. Huelo humo de chimenea. Toma.

Se pasaron los bultos el uno al otro para que los dos tuvieran la posibilidad de abrocharse los abrigos. El de Kai era acolchado, tenía capucha y, si le añadía el forro, resultaba perfecto para temperaturas bajo cero. Pero no lo hizo. Hacía frío, pero no tanto como para que helara. Se calentó muy pronto en cuanto echaron a andar.

—Dell tiene hambre. ¿Puedo...?

—Sí. No te preocupes. —Esto último iba dirigido a la gata, no a Kai—. Cuidaré de ella.

A pesar de su ansiedad por salir de caza, Dell estudió a Nathan durante unos instantes. Kai pudo sentir a la gran gata sopesar la información que había recibido de él, fuera cual fuera. Es decir, no las palabras que ella había podido oír claramente, sino algo más. Después, Dell se desvaneció en la noche cubierta de nieve.

Kai se puso los guantes. Dell la creía demasiado débil para sobrevivir por sí misma. En aquel lugar, la gata no andaba tan desencaminada.

—¿Podrías saber si los demás han cruzado ya? ¿Aquellos a quienes tenemos que seguir?

Nathan inclinó la cabeza como si escuchara, aunque Kai no tenía ni idea de cuál era el sentido que estaba utilizando en aquel preciso momento.

—Creo que tenemos dos o tres semanas. Según cruzábamos, he hecho que retrocediéramos un poco en el tiempo.

—¿Que retrocediéramos?

—El tiempo entre la Tierra y el Borde no es congruente del todo. Hay flexibilidad suficiente como para permitirme elegir. Ir hacia delante sería bastante complicado, pero echar hacia atrás no ha sido tan duro.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—¿Puedes ajustar el tiempo?

—No. —Nathan era paciente—. Pero cuando dos mundos o esferas no son congruentes temporalmente hablando, el tiempo se convierte en una de las opciones que yo elijo al cruzar.

Él estaba convencido de que aquello tenía todo el sentido del mundo. Kai todavía tenía mucho que aprender sobre él. Eran amigos desde hacía dos años, pero tan solo habían transcurrido seis días desde que habían pasado a ser amantes.

Y ahora se suponía que tenían que salvar el mundo de Nathan, o al menos tenían que desempeñar un papel importante en el rescate. Si ella conseguía que su don funcionara como debía.

—Será mejor que nos movamos.



Tenía el aspecto de un termómetro digital. En el estuche de plástico había dos pequeñas ventanitas: una era de color morado y la otra, turquesa muy pálido. Cynna lo inclinó y entornó los ojos. Quizá la luz le estuviera jugando una mala pasada.

Seguía morado. No mostraba el bonito turquesa por el que ella había rezado. Por mucho que se empeñara, entornara los ojos o cambiara cien veces de ángulo, seguía siendo morado.

Alguien llamó a la puerta y Cynna se sobresaltó. Dejó caer la prueba, le lanzó una mirada furibunda y la dejó en el suelo. Abrió la puerta del baño de par en par y corrió hacia la otra puerta, que estaba a unos pasos de distancia. En las habitaciones de hotel, los baños siempre estaban cerca de la puerta de entrada.

—Ya llego, maldita sea. Ya llego.

No, la verdad es que no, no estaba llegando. Pero hace un mes sí que había llegado, y tres veces. Y esa era la razón por la que el color de la perdición había aparecido en la maldita prueba.

Cynna echó un vistazo por la mirilla, quitó el pestillo y abrió la puerta.

—Hola —dijo con cierta alegría histérica—. Estoy lista. Vamos.

La mujer que había ante la puerta era una cabeza más baja que Cynna. Tenía las manos metidas en los bolsillos de un abrigo de un color tan negro como su melena, y un ligero fruncimiento asomaba en el arco de las cejas. Sus ojos eran oscuros y tranquilos.

—Necesitas un abrigo —dijo Lily Yu sin moverse—. Estamos en febrero, así que necesitas un abrigo grueso. Y quizá también una cartera. Si vamos de compras...

—Ah, sí, claro. Cierto. Voy a por todo. —Cynna empezó a cerrarle la puerta en la cara a su amiga, pero se detuvo a tiempo—. Entra, pero no vayas al baño.

Lily arqueó las cejas. Cynna lo ignoró, agarró su enorme bolso de tela vaquera y una chaqueta de una pila de ropa que crecía sobre la cama.

—Lo que necesito de verdad es lavar la ropa —dijo alegre—. Vamos. Oh, una cosa más. Nadie va a decir la palabra que empieza por «e» en toda la tarde, ni aludirá a ella en modo alguno.

Lily asintió pensativa.

—De acuerdo. Nada de alusiones a la palabra que empieza por «e».

Vaya. Había sido fácil. Tenía que haberlo intentado un mes atrás para ahorrarse así un buen número de charlas amables, diplomáticas o tajantes. Lily había estado tan segura de que Cynna no estaba enfrentándose a la realidad...

Al final resultaba que Lily tenía razón. Qué zorra.

—Entonces, ¿adónde vamos? —preguntó Cynna mientras bajaban al vestíbulo del hotel de camino a la calle.

—Creo que deberíamos darle una oportunidad al Fashion Center.

—Claro. Eh... ¿Tienen dependientas altaneras de esas que te miran como si fueras a reventar un par de medias?

Lily la miró.

—¿Hace cuánto que vives en Washington D.C.?

—Siete años. ¿Por qué?

—El Fashion Center es un centro comercial. Tiene todo tipo de tiendas de ropa: Macy's, Talbot's, The Gap, Kenneth Cole...

—Vale, no voy mucho de compras. Demándame.

Lily le dio unas palmaditas en el brazo.

—Pues hoy vas a ir.

Eso es lo que se temía Cynna. ¿Qué le había impulsado a pedir a Lily que la ayudara a elegir algunas prendas nuevas?

Miró a la mujer que la acompañaba y suspiró. Envidia, eso era. Lily siempre iba estupenda. Pero era tan pequeña y tan... bueno, mona no. Nunca se le ocurriría llamar «mona» a una bala, por muy pequeña y bonita que fuera su forma. Las balas también eran conocidas por ser increíblemente difíciles de detener, y lo mismo ocurría con Lily.

Y ahora, solo porque Cynna había abierto su gran boca, aquella determinación mortal estaba concentrada en su vestuario. De hecho, esa era la palabra que Cynna había empleado al pedirle ayuda a Lily con las compras. Un nuevo vestuario, había dicho. Lo necesitaba para ir a trabajar.

Claramente, había sido un momento de locura transitoria. Ella no tenía un vestuario. Tenía ropa.

Salieron por la puerta lateral. El frío se pegó al rostro de Cynna y realizó incursiones por la parte delantera del cuerpo, de modo que se cerró la chaqueta hasta el cuello. Era un invierno inusualmente frío incluso para Washington D.C., pero no pensaba admitirlo en voz alta. Era demasiado divertido pinchar a Lily con el tema, ya que ella había vivido en San Diego toda su vida.

Lily gruñó para sí y se dirigió hacia su coche, un Ford blanco sencillo igual que el de Cynna, solo que estaba más limpio. Estaba claro que el FBI solía comprar aquellos trastos a montones.

El día era soleado y, a pesar del frío, el sol colgaba como un brillante balón en un cielo tan azul y tan limpio que podía llegar a dar la impresión de que el

esmog todavía no había sido creado. Así que, cuando una sombra sobrevoló sus cabezas, Cynna miró hacia arriba.

La silueta sinuosa le iba resultando más familiar cada vez que la veía; sin embargo, Cynna seguía sintiendo un escalofrío de asombro ante su visión. Contra la claridad del cielo, parecía ser de color oscuro, pero ella lo había visto en fotografías. ¿Quién no? De cerca, las escamas serían rojas y brillantes, del color de los rubíes o la sangre fresca.

—¿Los dragones son vanidosos? —preguntó con una mano apoyada en la puerta del coche y la cabeza echada hacia atrás para ver al ser de leyenda deslizarse perezosamente por el cielo.

Lily abrió la puerta de su lado.

—¿Qué quieres decir?

—Todas esas fotografías. Mika no habla mucho, pero está claro que le gusta posar para que le hagan fotos. —Técnicamente, Mika no hablaba en absoluto. Comunicarse con la mente no era lo mismo que hablar. Pero el dragón rubí muy pocas veces se dignaba a dirigirse a los humanos que lo rodeaban de forma alguna, para gran frustración de los periodistas—. ¿Sam también es así de vanidoso?

Lily rió.

—No has visto ninguna foto de él en Internet, ¿verdad? Supongo que si ya sabes que eres el tipo más grande y más duro que existe con dos alas, no tienes que hacerte una foto para demostrarlo. Mika es joven —añadió mientras subía al coche.

Joven era un término relativo. Pero ya que, probablemente, Mika había nacido antes de que un rebaño de peregrinos tocara tierra en una gran roca cerca de Plymouth, Cynna pensó que Lily estaba ampliando los límites de aquella palabra.

Pero los dragones ampliaban muchos límites.

Durante años, la gente había creído que eran un mito, cuentos de hadas; que no eran más reales que los cíclopes de Ulises. Incluso cuando veintidós de ellos habían dado por terminado su largo exilio el pasado noviembre y habían regresado a la Tierra, todavía había habido personas que preferían no creerlo porque aquellos seres se habían desvanecido en el aire.

Probablemente no fuera más que un truco publicitario, ¿verdad? Había ocurrido en California, y la mayor parte del país lo consideraba razón suficiente para justificar lo extraño del acontecimiento. Desde que el Gobierno había aceptado dicha información, lo que incluía poner en juego radares, tanto inmóviles como de imágenes de vídeo, no habían conseguido ninguna prueba sólida. Los presentadores de los programas de entrevistas de la televisión llenaban el día con chistes sobre avistamientos de dragones.

Cuando aparecieron de nuevo, nadie siguió riéndose. Aquella vez, el mundo necesitaba que existieran de verdad.

Los mundos habían chocado y se habían rozado de forma contundente, y habían desatado torrentes de magia liberada que salía a borbotones por los nodos a lo largo y ancho del mundo. Esta magia tenía efectos aleatorios sobre la tecnología, especialmente sobre cualquier cosa que necesitara un ordenador para funcionar... que era prácticamente todo. Al final resultó que los dragones, además de ser fuertes, hermosos y mortales, eran unas esponjas perfectas. Eran capaces de absorber todo el exceso de magia que se encontrara a su alrededor.

Dos días antes de Navidad, el dragón negro había aterrizado en el jardín de la Casa Blanca. Sam, también conocido como Sun-Mzao, había negociado en nombre del resto de su raza ayudado por la abuela de Lily. Para frustración de Cynna, nadie le había explicado por qué madame Yu se había visto envuelta en aquel acontecimiento. Tenía algunas teorías, pero eran todas muy absurdas... aunque también lo era la abuela de Lily.

Antes o después, se prometió Cynna, conseguiría arrancarle la verdad a Lily.

Por el momento, los tratados de los dragones funcionaban. Los ordenadores operaban con normalidad en la capital de la nación, en Wall Street, y dentro y en los alrededores de las doce ciudades estadounidenses y en las ocho repartidas por todo el mundo que habían acogido un dragón. Cierto, los dragones comían mucho y a los de las protectoras de animales no les hacía mucha gracia la forma en la que hacían la compra; es decir, que todas las tardes aquellas criaturas insistían en coger las vacas y los cerdos de turno ellos mismos. Pero por lo menos habían mantenido su parte del trato, que era mantener a humanos y mascotas fuera del menú.

El problema era que no había dragones suficientes.

Cynna observó como el dragón de Washington viraba y se dirigía hacia el sur. Al parecer, iba camino del parque Rock Creek. Mientras los tipos del Gobierno discutían sobre dónde podían construirle la guarida, él se había apropiado del anfiteatro del parque.

—¿Vienes? —preguntó Lily.

Cynna se metió en el coche y se abrochó el cinturón.

—¿Alguna vez has deseado que fuera Sam el que se hubiera quedado aquí, en vez de Mika?

Lily se encogió de hombros y arrancó.

—Sam quería estar cerca de la abuela. O al revés, la abuela quería estar cerca de él. O quizá simplemente quería vivir en un lugar cálido. Aquí nunca hace calor.

—Quejica, quejica, quejica. Si en verano todavía sigues aquí, seguro que te quejas del calor. No es un calor seco como al que estás acostumbrada.

—En San Diego no hace tanto calor como crees. Hace más calor en las montañas, por supuesto. A medida que te alejas de la costa, pierdes el efecto refrescante del océano.

—Lo echas de menos.

Lily suspiró y puso el coche en marcha.

—Más de lo que hubiera creído. Se suponía que esto iba a ser temporal.

En un principio, Lily había sido enviada a Washington D.C. con dos objetivos: para ayudar al Servicio Secreto en una investigación y para recibir una versión abreviada del entrenamiento del FBI en Quantico. Como Cynna, Lily pertenecía a una unidad especial del FBI: la División de Crímenes Mágicos, cuya existencia solo habían conocido unos pocos hasta que se habían desarrollado los acontecimientos recientes. Lily había sido reclutada en noviembre. Era una émpata al tacto capaz de sentir la magia nada más tocarla, además de ser impermeable a sus efectos. Pero sus años como policía de Homicidios la convertían en un fichaje perfecto para la Unidad casi tanto como su don. Muchos agentes de la Unidad carecían de ese tipo de entrenamiento o experiencia en las fuerzas del orden.

Lily había terminado ya la parte en la que tenía que ayudar al Servicio Secreto, pero con el tema de los demonios asesinos y el Reajuste, no había podido completar el entrenamiento.

—Supongo que también tiene su parte buena —dijo Lily—. Esto de estar varada en el cuartel general me permite poner cuatro mil kilómetros de distancia entre mi madre y yo.

—Sí, pero los aviones vuelven a poder volar, y los móviles ya funcionan...

—No me lo recuerdes.

Cynna sonrió porque se suponía que tenía que hacerlo, pero en realidad se preguntaba... Si su madre estuviera viva, ¿también preferiría estar lo más lejos posible de ella como le sucedía a Lily? Algunos de sus amigos se comportaban así también. Solo unos pocos parecían tener una relación estrecha con sus madres, pero muchos tenían problemas.

No es que ella no los tuviera. No hacía falta que tu madre estuviera viva para tener un montón de nudos en el corazón con una etiqueta puesta en la que se leía «De parte de mamá». Que era, precisamente, una muy buena razón para no... No, no iba a pensar en eso, se recordó.

—¿Qué tal está Rule?

—Bien. Los mantos se han amoldado a una coexistencia pacífica... que es algo que ya sabrías si no hubieras estado evitándonos. Yo... oh, Dios mío.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Acabo de sonar como mi madre.

Cynna rió. Por primera vez desde hacía horas... días... bueno, desde hacía mucho tiempo, se sintió con ganas de reír. Quizá había pasado demasiado tiempo aislada de los demás.

¿En serio?, susurró una vocecita en su interior.

—Bueno, será mejor que lo asuma —añadió Lily restándole importancia—. Al parecer voy a ser madre dentro de poco. O, al menos, una especie de madre.

Cynna se sobresaltó tanto que casi se provocó un traumatismo cervical.

—¿Vas... vas a tener un bebé?

—No. Oh, no, aunque... Bueno, no puedo decir lo que estoy pensando sin hacer esa alusión prohibida. Estaba hablando de Toby.

Toby era el hijo de Rule, y Rule era... bueno, lo era todo para Lily, excepto un marido. Los lupi no se casaban.

—¿Quieres decir que vais a ir a juicio por la custodia? ¿O la madre de Toby por fin ha aceptado que el niño viva con Rule?

—Alicia no ha aceptado nada, pero su madre sí. Creo que la señora Asteglio me da su visto bueno y, como Rule y yo hemos ido mucho allí desde que se rompió la pierna...

—¿Se rompió la pierna?

—Se cayó por las escaleras. Fue como si hubiera recibido una revelación. Tiene sesenta y tres años, sabes, y sufre algunos problemas de salud que le dificultan la tarea de cuidar de un niño de la edad de Toby. Y ella sabe que Toby quiere vivir con su padre.

Ya que el niño se había escapado de casa antes de Navidad para poder pasar las fiestas con su padre, Cynna también estaba de acuerdo en que la preferencia del niño estaba clara.

—Lo siento por ella —añadió Lily—. Quiere a Toby. Le resulta duro renunciar a él, pero nos aseguraremos de que lo vea tan a menudo como sea posible.

—Pero la abuela de Tony no tiene la custodia legal, ¿no?

—La abuela de Toby —replicó Lily categórica—, es la que lo ha cuidado desde que era un bebé. Desde luego, no ha sido su madre. Alicia se pasa de visita algún fin de semana que otro, pero incluso eso ha dejado de suceder desde que está en el Líbano. La verdad es que está luchando con uñas y dientes y no quiere dejar ir al niño, pero por primera vez Rule tiene muchas probabilidades de ganar si ella decide interponer una demanda. Esperamos que no lo haga. Sería más fácil para Toby si pudiéramos llegar a un acuerdo.

Durante años, Rule no había tenido ningún derecho legal sobre su hijo. La abuela de Toby había permitido que el niño visitara a su padre, pero su madre, una periodista de Associated Press, ni siquiera había puesto el nombre de Rule en el certificado de nacimiento de su hijo.

Rule nunca había llevado el caso a los tribunales. El hijo del hombre lobo más famoso del mundo habría sido un tema irresistible para los paparazis. Además, él estaba convencido de que perdería. Los tribunales no eran exactamente favorables a los lupi. Hasta hacía unos años, algunos estados incluso habían permitido que la gente les disparara por la calle. La mayoría de los lupi habían preferido eso a la política del Gobierno federal: registro obligatorio y drogas que anulaban el cambio.

Pero aquellos eran los viejos malos tiempos. Hacía unos pocos años el Tribunal Supremo había decretado que los lupi eran ciudadanos. Como tales,

tenían los mismos derechos que los demás y estaban protegidos por la misma ley... cuando tenían forma humana, claro está. Seguía siendo legal disparar a un lupi en forma de lobo.

Tras unos instantes, Cynna suspiró.

—He sido una borde, ¿verdad? Estaba tan ocupada compadeciéndome de mí misma que no me he enterado de lo que sucedía en las vidas de los demás.

Lily sonrió.

—De vez en cuando viene bien pasar una temporada haciéndote la tortuga, siempre y cuando no le cojas demasiado cariño al caparazón. Ya has salido de él. ¿Cuánto dinero tuyo puedo gastarme hoy?

—Oh, un par de cientos. Normalmente me hago un regalo de Navidad, pero esta vez no encontré el momento, con todos esos demonios y tal.

—Triplícalo.

—¿Qué? No voy a...

—Dijiste que querías un nuevo vestuario para ir a trabajar. ¿O es que has cambiado de idea? Por ejemplo, quizá creas que puede que tu talla vaya a cambiar de repente...

Cynna hizo un sonido como de *bip*.

—¿Qué?

—Esa era la alerta de alusiones.

Lily la miró divertida.

—Empezaremos con lo básico. Dos buenas chaquetas...

—Tengo chaquetas.

—Claro, y quizá fueran suficientes si pesaras cuarenta kilos más. Y tuvieras ochenta años. Y no estuvieras interesada en la moda. Tienes un aspecto fantástico en tejanos. Pero los trajes que te pones... —Meneó la cabeza—. ¿Ese es el aspecto que crees que debe tener una agente del FBI?

—Está bien, está bien... Pero tengo una pinta horrible en traje. No tengo tu constitución. No puedo ponerme esas pequeñas y bonitas chaquetas entalladas.

—Sin embargo, puedes ponerte ropa que te quede bien. En cuanto a tu constitución... —Lily rió sarcástica—. ¿No te gusta parecerte a Xena, la princesa guerrera? ¿Estás cansada de secarles la baba a los hombres?

—Bueno, pero...

—Tienes el cuerpo de una diosa, Cynna. No de la Virgen, sino de la Madre o alguna deidad de la fertilidad.

Cynna le lanzó una mirada tenebrosa. En aquel momento no le caían bien las referencias a la diosa de la fertilidad.

—Y hay que tener en cuenta el corte de pelo y los tatuajes. Estoy pensando en algo simple, pero que cause impacto. Lo que sea que encontremos, tendrá que ser hecho a medida, pero...

—¿Hecho a medida?! —chilló Cynna.

—Lo más probable. Como he dicho, empezaremos con dos chaquetas y cuatro pares de pantalones de vestir para ir conjuntada y que puedas ir alternando. Podrías añadir una falda, pero nunca te he visto ponerte una, así que creo que nos quedaremos en tu zona de confort y nos limitaremos a los pantalones.

—Tienes una noción muy extraña de lo que es una zona de confort.

—Y, por supuesto, necesitas cosas para vestir debajo de las chaquetas. Camisetas, blusas de manga larga, un jersey o...

—Hay un Wal-Mart a menos de dos kilómetros de aquí.

—No te compraste esos tejanos en un Wal-Mart. Te sientan de muerte.

—Gracias. Pero los tejanos no son como los trajes. Tienen que encajarte a la perfección y la mayoría de ellos no son lo suficientemente largos, así que... Deja de mirarme así.

—Ajá. ¿Cuánto pagaste por esos tejanos?

Demasiado.

—Rebajas. Mira, parece que hay rebajas.



El Fashion Center resultó ser un templo de tres plantas dedicado al consumo. Estaban a mitad de semana y a mitad de día ya que, de alguna forma, Lily había conseguido convencerla de que se cogiera un día libre; así que no había adolescentes a la vista. Pero mirara por donde mirara, Cynna tropezaba con una madre que había incrustado a su bebé en esos trastos que solían llamar cochecitos.

Había un niño que parecía un bulto acolchado metido en uno, a menos de seis metros, cuando Cynna salió del probador. El niño se la quedó mirando con unos ojos enormes y soñolientos.

A Cynna se le pusieron los pelos de punta. Frunció el ceño al mirar a Lily.

—No hacen la ropa para gente que tiene pecho. ¿Alguna vez te has fijado? —Intentó cerrarse la chaqueta, pero no pudo. Los extremos no se tocaban—. ¿Lo ves? Si tienes más de una copa B, olvídate.

—Cállate, Cynna, y pruébate esto.

Quizá había tenido muy poco tacto. Lily era bastante pequeña en general. Cynna se quitó la chaqueta demasiado estrecha y le echó un ojo al abrigo de cuero que le ofrecía Lily. Era oscuro, de un marrón muy agradable, como el chocolate a la taza, pero...

—No es negro.

—El negro no te va.

Cynna adoraba el negro. Siempre vestía de negro.

—Siempre me dices eso, pero el negro va con mis tatuajes. —No eran tatuajes exactamente, pero Cynna solía utilizar una palabra que la gente podía reconocer y no empleaba los términos suajili que describían las tramas que se superponían sobre su piel como un encaje complicado. Los hechizos eran *kilingo*; las tramas que solía utilizar para localizar cosas eran *kielezo*. Ninguno de ellos había sido transferido a su piel con tinta y agujas.

—El negro hace que la gente solo vea los tatuajes, no la piel. Pruébate el abrigo.

Dubitativa, Cynna se puso el abrigo largo.

—¿Puedes ir así vestido en el cuartel general?

—Yo no podría. Tendría un aspecto ridículo, como si me hubiera puesto la ropa de mi hermana mayor. Pero tú, con esos pantalones... —Lily meneó la cabeza y suspiró—. Mírate en el espejo.

Cynna se volvió. Y se quedó mirando fijamente. Tras unos instantes, sintió que una sonrisa estiraba sus mejillas. La mujer de aires peligrosos que la miraba desde el espejo también le sonrió.

—Eh, ¿esa soy yo? Tengo muy buena pinta.

—Sí, excepto por el bolso.

Los pantalones negros de los que Cynna se había quejado sin parar, ahora, de repente, tenían un aspecto estupendo. Lo mismo le ocurría al jersey color cobre, pero su viejo bolso de tela vaquera no encajaba en absoluto. Incluso ella se daba cuenta.

—Supongo que podría comprarme uno nuevo. Los bolsos normales no sirven para meter muchas cosas, así que siempre me compro un bolsón como este, pero... oye. —Mientras hablaba, intentó abotonarse el abrigo. Quién lo iba a decir, botón y ojal se encontraron sin problemas—. ¡Me cierra! ¿Cómo has encontrado uno que me cierre?

—Le he pedido a unas de esas dependientas arrogantes que me ayude. Ah... No viene de la zona de las rebajas.

Cynna tragó. Cuero. No estaba de rebajas. Y en aquella tienda... Reunió valor a manos llenas y consultó el precio.

—Tranquila. —Lily le puso una mano en el hombro.

—No puedo... No hay forma alguna de que yo pueda permitirme esto. —Aunque una parte de su cerebro estaba intentando dar con una como loca... Tenía mucho crédito, pero odiaba pagar intereses. También tenía ahorros, pero...

—Si estás segura...

—Lo estoy. —De ninguna manera iba a comprometer su seguridad financiera al sacar dinero de sus ahorros para comprarse ropa.

—Entonces supongo que tendrás que aceptarlo como un regalo de Navidad tardío de mi parte y de la de Rule.

Cynna se la quedó mirando.

—Vamos a ser realistas. Navidad fue hace semanas. Además, esto... este... Nadie hace regalos de Navidad tan caros.

—Rule sí. Hoy me ha dado esta tarjeta y me ha dicho que te comprara algo que debieras tener pero que fueras demasiado tacaña para comprar. Bueno... digamos que lo ha dicho con mucho más tacto, pero ese era el espíritu. —Señaló el abrigo—. Así que te lo llevas.

—Es demasiado. Demasiado, demasiado.

—Rule puede permitírselo y, confía en mí, va a tener que soltar mucho dinero. Le ha comprado a Cullen un diamante.

Una imagen de Cullen con un diamante brillándole en una oreja apareció súbitamente en la mente de Cynna. Ignoró la súbita calidez que sintió en el estómago y arqueó una ceja al mirar a Lily.

—¿Oreja izquierda o derecha?

Lily meneó la cabeza.

—¿Lo preguntas? No importa. Se te han empañado los ojos. Odio tener que meterme en tu fantasía, pero es un diamante para un anillo, no para un pendiente. Necesita poder ver lo que está haciendo cuando transfiere sorcéri a la piedra.

Para que no hiciera bum. Cynna ya lo sabía. Si alimentabas un diamante con magia pura demasiado rápido o ligeramente mal, podías acabar con confeti de diamante; y esa era la razón por la que tan pocos practicantes lo intentaban. Cullen lo conseguía porque podía ver la sorcéri mientras alimentaba el diamante. Eso era lo que lo convertía en hechicero.

Envidia de nuevo. Maldita sea, necesitaba confesarse con urgencia.

—¿Un pedrusco grande?

—Enorme. Cinco quilates, pero es un diamante de laboratorio, no natural. El lugar donde lo compró Rule ha desarrollado una nueva tecnología que fabrica diamantes claros y enormes atómicamente idénticos a los diamantes naturales. El proceso es tan nuevo que las piedras todavía no están en el mercado, pero Rule consiguió hacerse con uno porque prometió presentar un informe sobre sus propiedades mágicas. No me has preguntado qué tal está Cullen.

—Vuelve a tener tobillo y casi todo el pie. —Al ver que Lily arqueaba las cejas, Cynna saltó—. Me ha llamado, ¿vale?

—No ha mencionado que hablara contigo.

—Él, eh, dejó un mensaje. —Montones de mensajes. Cada noche. Llamaba cada maldita noche entre las ocho y las nueve, y le dejaba un mensaje en el contestador. Nunca la presionaba, oh, no, Cullen era demasiado cauteloso para hacer eso. La mayoría de los mensajes ni siquiera tenían como fin la seducción, aunque había un par que... Bueno, no importaba. Normalmente decía algo gracioso o estúpido, o simplemente dejaba un «Hola, solo llamo para ver qué tal estás».

Aquel hombre no tenía escrúpulos.

—Quizá debería probarme una falda con esto —dijo Cynna alegremente—. Y comprarme un bolso nuevo... Antes has dicho algo sobre mi bolso. —Qué raro. De pronto sentía como si la cabeza le flotara a medio metro por encima de los hombros.

—¿Estás hiperventilando?

Podía ser. Sentía los labios torpes y cosquilleos en los dedos.

—Era morado, no turquesa.

—¿Qué?

—Ya sabes, ese color verde azulado, turquesa. —Las palabras le salieron atropelladas y sin emoción—. Estaba segura de que saldría turquesa, pero esta mañana he meado en una taza y la prueba se ha puesto morada.

Lily la miró con una de esas miradas planas y evaluadoras que todo agente termina dominando en la academia de policía.

—Está bien. Vamos a dar un paseo. —Pasó un brazo por los hombros de Cynna—. Aguanta la respiración durante tres pasos y suelta el aire al cuarto; después aguántala de nuevo.

—No estoy...

—No puedes hablar y aguantar la respiración a la vez.

Cierto. Cynna contó los pasos y aguantó la respiración durante la mitad de ellos mientras sentía que la cabeza le flotaba sobre los hombros como un globo de helio atado a una cuerda corta. Caminaron hasta la dependienta, baja, delgada y vestida de negro.

Todo el mundo podía vestir de negro menos ella.

—Nos lo llevamos todo —informó Lily a la mujer, y le quitó las etiquetas a los pantalones, el abrigo y el jersey que todavía seguían en el cuerpo de Cynna. Se las entregó a la dependienta junto con la tarjeta de crédito—. Ya volveré a por la tarjeta más tarde.

La mujer negó con la cabeza firmemente.

—Pero no puede...

—Tenemos un problema de salud entre manos. —Lily sacó la identificación del FBI—. Cargue la compra a la tarjeta y guárdela hasta que regrese.

La dependienta farfulló un «sí, señora». Cynna dejó salir el aire con un silbido.

—No vas a pagar los pantalones y el jersey.

—Ya me devolverás el dinero. Sigue contando.

Una mano pequeña y enérgica empujó la espada de Cynna y la obligó a seguir caminando entre los pasillos de los vestidos y aspirando el aire lleno de esencias de la sección de cosméticos, donde Lily obsequió con una mirada mortal al dependiente de turno que intentó rociarlas con un perfume de prueba. Después, salieron a la explanada.

Cynna recordaba aquel lugar de haberlo visto en las noticias. Se suponía que había un pequeño nodo de magia cerca de la fuente. Con el Reajuste, el nodo había tenido un escape de magia, igual que todos los demás, pero este había expulsado un goblin junto con el exceso de magia. Los que habían estado allí de compras habían sufrido un ataque de pánico.

Igual que el goblin. Cuando iban en grupo, eran malvados hasta la médula, pero no solían arreglárselas muy bien en solitario.

Al parecer, el incidente no había afectado demasiado al negocio, pensó Cynna al pasar al lado de la fuente, que estaba seca y tenía un cartel que indicaba «En obras» justo en el centro. Había muchísima gente gastando dinero o simple-

mente dando una vuelta. Cynna atrajo algunas miradas, pero ya estaba acostumbrada. Los tatuajes eran algo común en aquellos días, pero los de Cynna no eran los típicos motivos florales y cosas semejantes. Y tenía muchos.

Para cuando dejaron atrás las escaleras mecánicas, las manos de Cynna habían dejado de temblar y su cabeza había regresado a su posición normal firmemente apoyada en los hombros. Qué extraño, nunca se había dado cuenta de que el pánico se pareciera tanto al helio.

—Estoy bien.

—Vale. Sigue caminando.

No lo hizo. Se detuvo y miró a Lily.

—No te compré un regalo de Navidad.

—Ya me di cuenta, y fue muy desconsiderado por tu parte.

—Ni a Rule. Lo pensé, pero ¿qué le compras a alguien que tiene noventa veces más dinero que tú? ¿No te molesta?

—¿Que Rule tenga más dinero que tú?

—No, que se gaste tanto en un regalo para mí. —Hace años, Cynna había tenido una relación con Rule. Aquello había causado ciertos problemas cuando Cynna y Lily se conocieron, sobre todo porque Cynna no había estado dispuesta a aceptar que Rule ya no estaba libre. Después de todo, ¿quién había oído hablar de los hombres lobo monógamos? Pero Rule era así a causa de un vínculo que lo unía a Lily... algo que Cynna no había sabido que existiera.

El resto del mundo seguía sin saberlo. Los vínculos eran muy secretos. Cynna sabía tres cosas sobre ellos: el vínculo no permitía que Rule y Lily pusieran demasiada distancia entre ellos; les permitía saber en todo momento dónde estaba el otro de forma general; y eran raros. Bastante raros. Ella no habría sabido tanto si la sacerdotisa del clan no hubiera decidido que Cynna era su sucesora. Cosa que era una locura.

—Claro que no me molesta. Ya te he dicho que le ha comprado a... ¿Puedo decir el nombre de Cullen sin que te dé un ataque?

—No es por él... es... Bueno, él tiene que ver, claro, o tuvo que ver, pero él... Esto no tiene nada que ver con él.

Lily asintió.

—Morado, ¿eh?

Cynna tragó una bocanada de aire, lo aguantó y echó a andar sin que nadie se lo ordenara. Tras un instante, dijo:

—¿Te enseñan esto en la academia de policía? ¿Qué hacer cuando un testigo empieza a hiperventilar?

—No, mi hermana solía tener ataques de pánico y claro, no quería que nuestros padres se enteraran, así que caminaba con ella. Me pregunto si todavía le sucede. —Lily ladeó la cabeza mientras pensaba en ello—. No la he acompañado en un ataque desde hace años, aunque quizá su marido lo haga ahora. No es fácil ser perfecta.

—O sea, que hablas de tu hermana mayor. La que es médico.

—Ajá. Quizá se lo pregunte la próxima vez que llame.

—Creo que ese es el tipo de preguntas que una hermana mayor no quiere que le haga su hermana pequeña.

Lily sonrió.

—Sí.

—Eres más mala de lo que aparentas.

—Solo me llama para quejarse de lo que madre ha estado diciendo... ahora que madre habla conmigo de nuevo, dicho sea de paso. Normalmente tiene que ver con un montón de críticas camufladas como consejos. Que por qué no estoy casada, que qué hago en Washington D.C. en vez de en... Eh, mira, los restaurantes están ahí delante. ¿Estás lista para que nos paremos un momentito y nos tomemos una Coca-Cola?

Esa era una forma femenina de preguntar «¿Estás preparada para hablar?». Cynna caminó en silencio durante un instante, luego se detuvo y miró a Lily.

—Nunca he reventado unas medias porque no las uso. Pero sí que he robado algún pintalabios. Joyas. Una vez, hasta una cartera.

Lily no pareció impresionarse o sorprenderse siquiera por el tema elegido.

—Mi prima Jenny también lo hizo una vez, cuando tenía quince años. El maquillaje, me refiero, la cartera no. Se supone que yo no tengo ni idea, pero mi primo Freddy me lo contó una vez, cuando se me declaró.

Uy.

—¿Tu primo se te declaró?

—Primo segundo, pero todos le llamamos primo.

—Tienes un montón de familia.

Lily asintió y esperó.

—Yo no tengo hermanas ni primos. Tengo una tía... Ella es la razón de que no esté mucho más hecha polvo de lo que estoy ya. Pero ella nunca tuvo hijos.

—Cynna hundió las manos en los bolsillos del abrigo—. Mi infancia fue como un cliché, ¿sabes? No solo era pobre, sino que era una pobre del gueto. Es curioso que sea una expresión que ya no se utiliza. Ahora los llamamos «pobres urbanos».

—Supongo que hay gente que piensa que si siguen cambiándoles el nombre, quizá algún día desaparezcan.

—Sí. Pero no funciona, ¿verdad? Los críos siguen creciendo igual: sin un padre, con una madre alcohólica o drogadicta. Yo conseguí esquivar algunos de los clichés, sobre todo gracias a la tía Meggie. No dejé la escuela, no caí en las drogas ni me quedé... me quedé... —Se detuvo y tragó saliva.

—¿Embarazada? —completó Lily delicadamente.

Cynna echó la cabeza hacia atrás y contempló las vigas de metal que cruzaban la bóveda acristalada. El cielo era azul y luminoso. Tras un instante dijo:

—No he hiperventilado. Supongo que es un progreso.

—Sí. ¿No quieres comer algo?

Cynna negó con la cabeza.

—Será mejor que volvamos y recuperemos la tarjeta de Rule. No me fío de esa dependienta.

—Está bien. —Dieron la vuelta—. ¿Decías en serio eso de probarte una falda?

—No.

Lily sonrió.

—La locura transitoria no constituye... Oh, Dios mío. —Se detuvo en seco—. ¿Qué hace ella aquí?

Cynna no sabía de quién estaba hablando Lily. Tenían muchas «ellas» justo delante: una mujer mayor con una bolsa de Talbot's, otra más joven con un bebé, dos adolescentes que deberían haber estado en el colegio.

Y de pronto, un «algo» enano y calvo se plantó a tres metros de ellas. Tenía pechos, piel anaranjada y dientes puntiagudos. Eso, ¿ella?, vestía un ajustado vestido amarillo cubierto de lunares morados, y les sonreía.

—¡Hola, Lily Yu!

Las adolescentes gritaron. Un hombre trajeado que andaba cerca miró el ser con la boca abierta y luego quiso atacarlo con su maletín.

—¡Hey! —El ser sujetó el maletín con ambas manos. Entonces fue cuando Cynna vio la cola, larga y prensil, que se extendía para agarrar al hombre por el tobillo—. ¿Has visto eso? ¡Ha intentado agredirme! Puedo...

—No —respondió Lily en voz muy alta mientras corría hacia el ser—. Suéltalo y devuélvele el maletín.

—Pero él...

—No esperaba ver aquí a alguien como tú —dijo Lily mientras tiraba del maletín—. Le has sorprendido.

—¿Qué demonios es esa cosa?

Justo lo que estaba pensando. Cynna no lo dijo en voz alta, claro. Lily parecía tener la situación bajo control, así que ella se encargó de las adolescentes. Una de ellas lloraba aferrada a la otra, que miraba a Cynna sin fiarse un pelo de ella.

—¿Qué impresión, ¿eh? —comentó Cynna, alegremente—. No habéis visto cómo... eh, ella, ha llegado aquí, ¿no?

La muchacha de pelo oscuro frunció el ceño.

—No.

—¡Estupendo! ¿Y te llamas...?

—Shauna. Y ella es Deanna. —Shauna seguía sin fiarse de Cynna del todo, pero su amiga dejó de llorar lo justo para protestar de que Shauna hubiera dado sus nombres tan a la ligera, que era algo que mamá siempre les decía que no tenían que hacer.

Probablemente mamá también les había dicho que no hicieran pellas, pero eso no les importaba. Las muchachas ya no estaban histéricas.

Lily recuperó el maletín y se lo devolvió a su dueño.

—Siento el sobresalto, señor.

—¡Pero ha intentado agredirme! —exclamó la cosa anaranjada. Tenía el tamaño de un niño pero la constitución de un luchador de sumo. Con pechos. Pechos enormes. Y una cola—. ¿No puedes pegarle un tiro o algo?

—No —respondió Lily, secamente—. Gan, ¿qué haces aquí?

¿Gan? Cynna observó más de cerca. El cuerpo había cambiado mucho, pero la cara también era diferente. Tenía la misma piel anaranjada y la misma cabeza calva, los mismos ojos ridículamente grandes con pestañas pintadas con rímel, pero el resto de los rasgos eran... Bueno, no se podían definir como normales, pero era impresionante la diferencia que podía significar tener una nariz. Cynna nunca habría sido capaz de reconocer al pequeño demonio.

Exdemonio, supuso. Gan vivía con los gnomos mientras sufría algún tipo de misteriosa transformación. Sin embargo, Cynna debería haber reconocido su voz, aguda y chillona, como si un perrito de esos que no paraban de ladrar hubiera decidido hablar.

Se estaba formando una multitud.

—Voy a llamar a la policía —dijo el tipo del maletín.

Gan lo ignoró.

—Voy con vosotras, claro. ¿No os han dicho que yo también iba a ir?

—¿Decirnos? —preguntó Lily—. ¿Quién?

Gan miró alrededor y frunció el ceño, algo interesante de presenciar ya que carecía de cejas. Después, hizo un gesto de fastidio.

—Estupendo. Se han equivocado con el tiempo. ¡No sé de qué me sorprendo! Se supone que son la caña de los diseñadores de portales, pero ni siquiera son capaces de sincronizar...

Un griterío la interrumpió.

Cynna y Lily cruzaron las miradas durante una fracción de segundo, después echaron a correr. Los gritos provenían de cerca de la fuente.

La muñequita de porcelana era inteligente y fuerte, pero las piernas de Cynna eran mucho más largas y sabían cómo correr. Mientras Cynna tomaba la delantera, oyó al pequeño demonio echar a correr y, a pesar de sus cortas piernas, el ser fue capaz de mantenerse al lado de Lily.

—¿Vas a disparar a alguien? ¿A quién? Yo también quiero un arma.

Un arma. Cierto. Probablemente fuera una buena idea, así que Cynna rebuscó en su bolso y sacó el arma sin interrumpir la carrera. Solo tenía dos hechizos defensivos, uno que funcionaba solo con demonios, y otro que requería contacto físico. Si aquello que estuviera allí delante requería que lo redujeran, Cynna prefería no tener que vérselas cara a cara.

Esquivó a dos jóvenes que corrían como locos y casi chocó con un carrito de niño. ¡Maldita sea, esas cosas estaban por todas partes! Derrapó, se las arregló

para evitar la colisión con el trasto y la aterrorizada madre que lo empujaba, y se detuvo en seco.

Eran tres. Estaban al lado de la fuente seca, mirando a su alrededor. El más bajo vestía una túnica corta verde y mallas. Parecía un gnomo, pequeño, arrugado, con barba larga y nariz enorme. Un par de enormes orejas asomaban por entre el enmarañado pelo, aunque en parte estaban cubiertas por el absurdo sombrero que lucía. El de tamaño mediano era del color del barro mojado y tenía la piel húmeda y brillante, como si sudara. Era tan calvo como Gan, pero el efecto era diferente... quizá porque solo vestía un taparrabos y una especie de elaboradas botas.

Independientemente de la extraña piel. Aquel tipo era un bombón.

El tercero era gris, tenía colmillos y medía por lo menos dos metros y medio. Unos pequeños rizos le colgaban de la cabeza... Y no era él, era ella. Eso que se apreciaba debajo de la túnica marrón eran pechos, no solo unos pectorales de gimnasio.

Pero eso era lo de menos. Sobre todo porque sostenía una espada lo suficientemente grande como para atravesar a un elefante. Cynna se colocó en posición de disparo.

—¡Suelte la espada!

Todos la miraron. El que parecía un gnomo sonrió y dijo algo, pero las sílabas que pronunció no sonaron a nada que ella entendiera.

—No dispaes —le dijo Lily en cuanto se situó a la izquierda de Cynna con el arma lista también.

—¡Eh! No podéis dispararles a ellos —chilló Gan, y sonó un poco decepcionada cuando llegó a la altura de Lily y Cynna—. ¡*Harazeed!* —gritó al trío, o algo parecido a eso—. *Ke antar essy isclaum* Lily Yu *si* Cynna Weaver. *Ke relan* en cristiano, ¡idiotas!

—¡Ah! —dijo el pequeño con el sombrero extraño, sin dejar de sonreír. Se llevó una mano al pecho y balanceó las rodillas una vez.

—Bienvenidos yo-vosotros-nosotros, Lily Yu y Cynna Weaver. Por favor, llevadnos ante vuestro líder.